

**Efraín Villacís,**  
***Parque Inglés***

Quito, Universidad de Las Américas,  
2024, 132 pp.  
<https://doi.org/10.32719/13900102.2026.60.9>

En los años veinte y treinta del siglo pasado, los coreógrafos Mary Wigman y Kurt Joos discutían sobre cómo debía ser el baile en el siglo XX. Mary Wigman, exponente del expresionismo, creía que el baile debía ser “danza absoluta”, desprendida de anécdota, pura presencia. Por otro lado, Kurt Joos desarrolló la idea de la danza-teatro, pues creía que la narratividad, característica del *ballet*, podía integrarse a las inquietudes propias de la danza moderna. La danza se ha movido siempre entre contar y ser, entre narrar y manifestar, entre ser y devenir ante los demás. Los seres humanos esperamos la anécdota, tenemos sed de narración. Incluso en una novela experimental, buscamos unir piezas para que una relación entre el tiempo y lo que existe tenga alguna clase de sentido. Buscamos los personajes, los rostros, los paisajes. ¿Qué pasa cuando no se cuenta, cuando la escritura

no opera a favor de una secuencia temporal? La escritura se vuelve incógnita, poética. *Parque Inglés*, de Efraín Villacís, nos presenta escenas que buscan brillar en su propia inmanencia, sin articularse a una teleología narrativa propia de la novela, del cuento. Se trata más bien de viñetas o prosas poéticas con un acotado hilo narrativo que nos lanzan a la mirada como territorio especulativo. El recorrido de un ojo atento desenlaza una realidad quiteña que, a su vez, es postal barroca y murmullo delicado.

Según señala Karina Albuja Muñoz (2014) en su tesis titulada *Video-documental que reconstruye la memoria colectiva del Parque Inglés*, dicho lugar era parte de hacienda Granda Centeno y fue donado a la ciudad de Quito por esa familia, y recibió ese nombre por la intención que tenían de crear un parque de estilo británico en esa zona: muy arbolado, con circuitos de paseo intrincados y con muchas curvas. Esa densidad boscosa hizo que coloquialmente se le llame “Sal-sipedes”. Luego se agregaron pistas de patinaje (muy de los años setenta y ochenta) y canchas deportivas. La memoria de muchos quiteños de San Carlos y San Pedro Claver está

íntimamente relacionada a este parque. Es interesante que Villacís se haya planteado “situar” esta serie de prosas en paisaje tan quiteño como escasamente visitado por la literatura local o nacional. Se trata de un lugar que pertenecía a los extramuros de la ciudad y hoy está inmerso en las dinámicas económicas, sociales y culturales de las clases medias. No obstante, como señala lúcidamente Eduardo Varas, si el parque Inglés existe “no es porque lo veamos o sepamos de su existencia. Existe porque, a la vista de Efraín Villacís, se ha convertido en palabra”. Desde luego, estas palabras se ordenan de cierto modo, buscan su verdad bajo ciertas estrategias.

Me llamó la atención un detalle. Cuando se hizo pública la agenda de la feria, hubo un error sobre cómo debía escribirse “Parque Inglés”. La confusión es comprensible, incluso es probable que el corrector automático de Word fuese el responsable de ese error. Si se escribe con dos mayúsculas, tal como propone Villacís, hablamos de un nombre propio, un nombre con entidad propia, cuya verdad él crea y recrea. En términos de escritura, este libro funciona como un mosaico donde una serie de viñetas de acento descriptivo y metafórico se enlazan en puntos visibles o invisibles. Taxista, vendedores, la voz de LP, perros que defecan, escaleras, etcétera. Usualmente el movimiento escritural de Villacís se inicia con un esbozo de narración, para iniciar un juego descriptivo atento y sugerente, para, luego, moverse en el ambiguo y susceptible territorio de la metáfora. A veces el camino se invierte e, incluso, añade punteos ensayísticos, etnográficos o

diarísticos. Por ejemplo, el texto “Tres luces” dice: “Pesa tanto la madrugada que no intento moverme, menos levantarme, y me veo, trasladado, en el espejo al otro lado de la pared: lago vertical esperando atraparme. Luz alunada parece salir de esa dimensión, y se forman rieles perdiéndose en la foresta que todavía persiste en la medianía de la loma Tres Luces, encima del trébol (cuatro hojas) de la avenida Oriental”. Como en las obras de danza del *ballet* romántico, la luz de gas y la oscuridad crean una atmósfera espectral. El romanticismo nos heredó esa iconografía de la luna y la noche que asociamos al entresueño y las noches de vigilia. Este fragmento, con la alusión a la avenida Oriental, me hizo pensar que “El Parque Inglés” es más bien una sinécdoque. Es la parte visible de Quito o, más bien, es la parte de Quito que Villacís señala como núcleo de este ejercicio de hiperficción, bisutería, espiritualidad y limbo que es este libro.

Villacís cuenta, pero sobre todo fabula, tienta, roza la circunstancia que alude. Se sueña en lo que cuenta. Esa ensoñación, como una especie de viaje astral en una cotidianidad tan vívida como vivida, es la virtud principal de este libro. Como un código QR que, al ser activado, nos abriera a un panorama de panorama de un Quito que pareciera disolverse en la niebla, ese rasgo es el que le da singularidad a este diorama, crónica y diario de insomnios donde se mueve, al fondo, un parque inglés, tan histórico como habitado en su fantasmagoría.

**JUAN JOSÉ RODINÁS**